



EL  
PUERTO  
DEL ORO

MICHEL MOUTOT



Cuando era apenas un niño, Mercator Fleming embarcó en un ballenero siguiendo la tradición familiar. Tal y como esperaban los suyos, allí se hizo un hombre y se convirtió en un experto lobo de mar, a costa de perder la inocencia. Sin embargo, a su regreso, la muerte de su padre y el alud de deudas contraídas por este lo obligan a cambiar su destino.

Atraídos por las noticias de la fiebre del oro que les llegan de la costa oeste de los Estados Unidos, él y sus hermanos deciden dar un golpe de timón a sus vidas y partir por mar hacia los impresionantes bosques de secuoyas de California. Después de seis meses de intensa odisea marítima a bordo del *Freedom*, Mercator llega por fin a esa tierra prometida que guarda en sus entrañas pepitas de oro puro.

San Francisco ha pasado de ser un pequeño pueblo en la bahía a convertirse en una ciudad sin ley marcada por la violencia, el juego y el alcohol. El joven Mercator deberá decidir entre unirse a la multitud de hombres que dedican sus vidas a la busca de esa ansiada veta dorada o hallar otro camino para labrarse ese futuro con el que soñaba antes de partir del puerto de Nantucket, un camino que lo llevará a vivir del oro sin tener que encontrarlo.

*A Sophie, con mi amor y mi gratitud  
A mi madre, por Las uvas de la ira*

Dos tercios de este globo terráqueo son de los de Nantucket. Pues el mar es suyo, ellos lo poseen, como los emperadores sus imperios.

HERMAN MELVILLE, *Moby Dick*

*You know, this is no gold fever. This is freedom fever.*

GLEN LEBARON  
Nome, Alaska,  
mayo de 2013

# 1

## A bordo del ballenero estadounidense *Connecticut*, frente a las costas de Brasil

*6 de octubre de 1832*

–Traedme a Fleming, el chico. Vamos a ver lo que lleva en las tripas.

El capitán Charles Tandy deja el hacha con la que, de ocho golpes certeros, ha practicado una abertura cuadrada en el cráneo del cachalote, delante del espiráculo. Una docena de hombres ha serrado la cabeza del animal, sangrante, pegajosa, enorme, de seis por tres metros, antes de izarla al puente con tres poleas. El cuerpo sigue amarrado al costado del navío por medio de unas cadenas pasadas alrededor de las aletas, rodeado de plataformas de madera suspendidas en la borda por las que los hombres circulan para descuartizar la carcasa. Está horadado por impactos de lanza mortales y aún lleva dos arpones clavados.

Desde que se le ha dado muerte, lejos del ballenero, una manada de tiburones, esos lobos de los mares, se ha abalanzado sobre el cadáver, lo ha seguido hasta el barco y se ha deleitado con el festín. Apartan a varazos en el morro a un escualo que se acercaba demasiado. Arponean a los más grandes. Heridos, esos tiburones se convierten en presas para los demás, que se olvidan, durante un rato, de

la carne del mamífero y los devoran en un hervidero de aletas dorsales, laterales, y sangre.

En la cubierta, mientras los dos marineros sierran la mandíbula inferior y sus inestimables dientes de marfil, algunos hombres se afanan en recuperar el espermaceti. La cavidad craneal de los grandes cachalotes puede contener tres toneladas, veintitrés barriles, de esa sustancia blancuzca, dulzona y untuosa, que no es el semen del animal pero que, por error, le ha valido en inglés el nombre de *sperm whale*.

—¿Dónde está ese chiquillo cretino? Encontradlo, de prisa, no esperemos a que se solidifique... ¡Ah! Aquí está. Fleming, es tu primer cachalote. Tienes el tamaño justo para deslizarte por el agujero. Pásate este cabo alrededor del pecho y baja ahí dentro con estos dos cubos. Los llenas y los levantas bien alto, por encima de tu cabeza. ¡Y procura no derramar nada!

Mercator Fleming acaba de cumplir doce años. Su padre, el capitán ballenero Stewart Fleming, decidió que ya sabía leer, escribir, sumar y restar y que debía iniciar su educación como futuro oficial. Y, para eso, nada mejor que embarcarse en el *Connecticut*. El capitán Tandy es su socio comercial, un cazador de ballenas sin igual, sabe manejar a los hombres, es duro en los negocios, muy rico, exigente...

Demasiado, a veces, se dice en el puerto de Nantucket, pero eso endurecerá a este chico endeble y taciturno que ha llorado más de la cuenta la muerte de su madre, a la que se llevó la viruela hace un año. Cazar a los monstruos de las profundidades no es cosa de lloricas. Mercator, te vas siendo un chiquillo y volverás, en un año o dos, hecho un hombre. Verás mundo, te medirás con el océano, con los cachalotes, conocerás los secretos de la gran caza, aprenderás a ganarte el respeto de la tripulación. Aprieta los dientes y no me avergüences.

Los marineros rodean la cabeza perforada del cachalote, se mofan, empujan al adolescente por la espalda. El contra maestre le anuda un cabo por debajo de las axilas, el segundo lo anima dándole una palmada en las nalgas.

—Toma, sujeta esto entre los dientes —le dice el cocinero mientras le tiende un ramito de salvia y canela—. Ahí dentro apesta como el culo del diablo.

Los barriles vacíos esperan el espermaceti. Bajo el sol de Brasil, la bestia ha empezado a descomponerse. El olor a putrefacción, a sangre seca y a flemas fétidas se mezclan. El hedor que asciende de las fauces y la cavidad abierta en el cráneo revuelve el estómago.

De repente, el capitán agarra a Mercator de las pantorrillas, lo pone del revés como si fuera una marioneta y lo sumerge cabeza abajo en el orificio. El adolescente separa los brazos, le dan manotazos. Berrea, desaparece en el agujero, donde se lo traga un líquido tibio y viscoso del que emanan grandes burbujas. La tripulación se ríe, celebrando así el rito de iniciación de los grumetes en los balleneros norteamericanos. Mercator emerge escupiendo, tosiendo y llorando; intenta sujetarse a algo, resbala por las paredes de membranas brillantes, se atraganta, vuelve a subir.

—¡Eh, mocos, que esto no es un baño! ¡Coge esos cubos y gánate la paga!

El primer balde de madera le cae a un lado y el segundo en la cabeza, se repiten las pullas. Se enjuga los ojos, se sorbe los mocos, afianza los pies en lo que parece un trozo de hueso y coge un cubo. Lo llena de espermaceti hasta la mitad, lo alza sobre el hombro y lo tiende. Una mano lo agarra.

—¡Los cubos llenos hasta arriba, Fleming! Date prisa. Cuanto más tardes, más se coagulará.

El segundo cubo pesa tanto que le rebosa sobre la cabeza, lo ciega y le hace perder el equilibrio, otro chapuzón. Al subir se queda atrapado en algo extraño; es una

bolsa flexible, como una glándula que, al reventar, libera una sustancia negra y viscosa, el olor es nauseabundo. Mercator se recobra, tiende otro cubo. No hay que llorar, no hay que llorar. Dios mío, este olor... Esquiva el balde vacío que le lanzan y empieza a llenar el siguiente cuando se le hace un nudo en el estómago. Siente náuseas, lo suelta todo, aprieta los puños, cierra los ojos... No puede resistirlo. Vomita justo debajo del orificio.

—¡Joder, ese mocoso está devolviendo! ¡Sacadlo de ahí antes de que lo eche todo a perder! ¡No me lo puedo creer! ¿Quién me ha endosado a semejante grumete? ¡Os he dicho que lo saquéis!

Dos hombres tiran de él. Levantan a Mercator por los aires, lo golpean con una vara, lo insultan y lo arrojan como un saco contra la borda, entre un tonel vacío y unos cabos enrollados.

—Quédate ahí, sin moverte. Ya me ocuparé de ti cuando hayamos terminado. Prohibido darle de beber y hablar con él. Cuando le cuente esto a tu padre...

El chico se aovilla, con el estómago hecho un nudo, mirando al suelo. Ni una lágrima más.

Cuatro hachazos agrandan el agujero y un joven marino se desliza en el interior del cráneo para recuperar los cubos. En dos horas vacían la cavidad, dieciséis barriles de espermaceti, un buen botín.

—Está bien, encended los hornos, empezad con el despiece. Hay que sacar el resto del animal del agua antes de que los tiburones engullan lo que es nuestro. Meted a ese mequetrefe en un barril de agua salada y traédmelo al pie del palo mayor. Le voy a enseñar a desperdiciar la mejor parte de un cachalote...

Una decena de hombres despiezan la cabeza del animal con sierras, hachas y barras de hierro. Revientan los ojos, raspan las mejillas, cortan la carne, rebañan la grasa, gritan, maldicen, cantan, rompen los huesos de la bestia a mazazos. Chapotean en la sangre.

Con leños y unos trozos de grasa rancia de ballena conservados de reserva, cuatro marineros encienden fuego en los dos imponentes hornos de ladrillo que hay en el centro del puente, coronados por unos inmensos calderos de cobre y unas chimeneas de chapa.

La tripulación se reúne. El contramaestre ha apoyado su gruesa pezuña en la cabeza de Mercator, que está empapado, tiritando, con el pelo pegado de spermaceti.

—¡Atadlo al palo! ¡Subidle la camisa!

El muchacho tiene los brazos demasiado cortos, hace falta un trozo de cabo adicional para amarrarle las manos. El capitán se quita el cinturón. En los otros navíos es el jefe de la tripulación o un oficial quien inflige los castigos. En el *Connecticut*, Charles Tandy se encarga de ello. Un azote, dos azotes, tres, cada vez más fuertes. La sangre perla la espalda del adolescente. Ha logrado contener el primer grito, pero no los siguientes. Berrea, llora, suplica. Cuatro, cinco, justo por encima de las nalgas. El oficial levanta el brazo con un gruñido cuando el segundo le toca en el hombro. Capitán... Que no haya un sexto.

—El cráneo del próximo cachalote lo vaciarás con una pajita si hace falta, Fleming. ¿Me has entendido? ¿Este, un ballenero? ¿Un cazador de Nantucket? ¿Un marinero? No me hagáis reír.

El cocinero desata a Mercator y le cubre la espalda con una sábana.

—Vamos, chico, bajemos a la cocina. Te hace falta agua dulce.

En medio de la sangre, la grasa, los jugos, los humores viscosos y los pedazos de piel gris azulada, los marineros se afanan en despiezar la cabeza del animal. La mandíbula inferior con sus cuarenta y seis dientes de marfil se deja aparte.

La noche tropical cae sobre el barco en el momento en que los fuegos se avivan bajo las calderas para echar la grasa troceada. Entre vaharadas de grasa, vapores de ma-

tanza y brasas ardientes, como aprendices infernales, dos marineros inclinados desde unas tarimas manejan con las dos manos unos cucharones gigantescos, removiendo los cuartos de cachalote que crepitan y empiezan a fundirse. El resplandor anaranjado ilumina la cubierta, tiñe las velas y los rostros, envolviendo el barco en un halo dorado. El aceite caliente discurre por los tubos de cobre hacia los toneles alineados bajo los hornos. El olor a grasa cocida, sangre caliente y carne calcinada se pega a la garganta.

–¡Vamos! ¡Más rápido! –grita el capitán–. Terminad con esa cabeza. Señor Johnson, señor Suza, amarren el cráneo a una polea y échelo por la borda. Hay que hacer sitio para los pellejos. ¡Encended las lámparas, las antorchas, aquí abajo ya no se ve nada! Hay demasiados tiburones en estas aguas. Sigamos, o mañana temprano solo quedará el esqueleto. ¡Equipo de noche!

En las plataformas de madera suspendidas por encima de las aguas, con sus cuchillas afiladas como rasuradoras en el extremo de las varas, el segundo y un marinero del tamaño de un oso despiezan la bestia, haciendo tiras de grasa igual que si pelaran una manzana. Cortan y golpean, en equilibrio sobre las resbaladizas pasarelas. Con todas las velas arriadas, el *Connecticut* cabecea y se balancea. Un paso en falso significaría caer en medio de los tiburones.

Cuando el trozo es suficientemente largo, el «pellejo», o sea, la tira de piel y grasa, se cuelga de un gancho gigante a una polea y se iza a bordo. Dispuesto sobre mesas de madera, se secciona con la tajadera. Descalzos, con la grasa hasta los tobillos, los hombres cortan, se golpean, resbalan, gritan, se empujan, maldicen, tiran los utensilios al suelo, llenan los baldes.

–¡Vamos, pandilla de holgazanes! ¡Moveos! ¡No tenemos toda la noche!

En la proximidad de los fogones, con un hedor a grasa chamuscada, piel calcinada, vísceras y sudor, el calor abra-

sa las caras. Los balleneros experimentados temen esas horas de despiece y cocción que siguen a la excitación de la caza. Para los novatos, todavía verdes, es una prueba que nunca olvidarán.

La carrera contra los tiburones se prolonga toda la noche. El cachalote se despelleja capa a capa, se le da la vuelta sobre sí mismo entre las ataduras de las cadenas para rasparlo y despojarlo de su grasa. Los trozos se echan en calderos burbujeantes, el aceite ardiendo se desborda de los toneles, que deben sustituirse cada hora.

Con las luces del alba, Charles Tandy y Jay Russell, su segundo, observan el cuerpo de la ballena en el que se ensañan, en un agua roja, unos treinta escualos.

—Esto debería funcionar —dice Russell—. Ya no da más, pero con las cuatro poleas y todos los hombres en el puente tendríamos que poder levantarla. Cortad la cola y tiradla, ganaremos peso.

En ese año de 1832, los precios del aceite están por las nubes: desde los inicios de la Revolución industrial se utiliza para hacer velas, lámparas; en farmacia, para lubricar máquinas. Los balleneros de Nantucket saben que cuando un barco con las bodegas llenas arriba a puerto verá a los compradores atropellándose en el muelle y a los armadores frotándose las manos.

Con todo, los cazadores de ballenas buscan también un tesoro. Eso con lo que sueñan es algo extraño que está oculto en las entrañas de ciertos cachalotes: el ámbar gris. Esa sustancia se encuentra en el intestino de algunos mamíferos, muy pocos, enfermos tal vez. Se revende a precio de oro a los farmacéuticos y a los intermediarios de la costa que hacen con él no se sabe qué. Algunos balleneros arriban a Nantucket con toneladas de aceite en sus bodegas y unas cuantas decenas de kilos de ámbar gris, cuyo valor supera el del cargamento.

—Tratemos de subir el esqueleto a bordo —dice el capitán Tandy—. Si las poleas amenazan con ceder, pararemos.

Yo designaré quién bajará hasta el vientre...

La tripulación se queda inmóvil. Meterse en un cachalote amarrado al costado de un navío para abrirle los intestinos a sablazos en busca de ámbar es la pesadilla de los *whalers*, los balleneros. El año anterior, a bordo de un barco de New Bedford, un marinero fue devorado hasta la cintura por un tiburón blanco enorme tan pronto como salía del esqueleto e indicaba mediante gestos que no había encontrado nada.

Las cadenas están firmes, los ganchos fijados en las vértebras del animal. Todos los marineros, salvo el cocinero y Mercator, se hallan en cubierta con los cabos en la mano.

—¡A la de tres! ¡Una, dos, tres! ¡Vamos! ¡Subidlo! —grita el señor Manta, el contraemaestre.

Las poleas chirrían, los cabos se tensan, los mástiles se inclinan.

El *Connecticut* se escora hacia el costado de donde pende el cachalote.

—Una vez más; más fuerte, muchachos. ¡Izad! Haced que se mueva ese hijo de la gran puta.

El barco se inclina, los chirridos de la arboladura hacen temer que algo vaya a romperse. El capitán se dispone a alzar la mano y ordenar detenerse cuando, por detrás, el esqueleto sale del agua, seguido de unos tiburones chasqueando las mandíbulas.

—¡Vamos! ¡Está bien! ¡Izad! ¡Subid! ¡Una vez más, ya lo tenemos!

Un joven tiburón se niega a soltar su botín y queda suspendido en el cachalote sin cabeza, despellejado, que pende a dos metros por encima del agua. El impacto de un arpón lo hace caer.

El esqueleto, sujeto mediante largos ganchos, se iza a bordo por la sección desmontada de la borda. Los hombres gritan de júbilo, los brazos paralizados, las manos ardientes.

–¡Bravo, muchachos! Limpiad un poco esta mierda. Señor Manta, le toca a usted. Le abriremos el estómago. Ya conoce la regla: una moneda de oro para quien encuentre el ámbar.

El impacto de una lanza, larga y afilada como el sable de un samurái, libera las entrañas del monstruo, que se desparraman por la cubierta con un olor pestilente. Pertrechados con cuchillas, cuchillos y machetes, los marineros se empujan, se insultan, chapotean en los intestinos, hurgan en las tripas y los excrementos, abren las vísceras que, a continuación, se devolverán al mar, para la satisfacción de los tiburones y las aves marinas.

Cuatro hombres arrastran el estómago del mamífero, del tamaño de una carreta, hasta un rincón. Cuando lo seccionan, suelta una bocanada de gas fétido antes de escupir kilos de pulpos, peces y calamares en descomposición.

–Bueno, este no será aún el que nos haga ricos –dice Charles Tandy–. ¿Habéis reparado en que la última vez que encontré ámbar en una ballena yo tenía cuatro pelos en el mentón? ¡Echad toda esa porquería al mar! ¡Hay que terminar con la cocción y limpiar la cubierta! Creo que este cachalote superará los cuarenta barriles. No está mal, pero habrá que hacerlo mejor si queréis volver a ver Nantucket antes de Navidad. Todavía hay sitio en la bodega.

Los hornos arden y humean como la fragua de Vulcano durante todo el día, y el humo negro es visible a kilómetros de distancia. «*Hell on a small scale*», como dicen los hombres. Un infierno a pequeña escala.

Cuando cae la noche, se conceden seis horas de descanso a la tripulación, salvo a los cuatro desdichados requeridos para terminar con la cocción. En la entrecubierta, los hombres se meten en las literas, suben a los cois, a menudo sin quitarse unas ropas apestosas, empapadas de aceite y ensangrentadas.

En su cabina, en la popa, el capitán Tandy abre el cuaderno de bitácora y coge la pluma.

Sábado, 6 de octubre de 1832,  
*Atlántico Sur, frente a las costas de Recife (Brasil)*

Cachalote macho. Avistado por McNeill. Primer arponero Lathern. Arponeado tres veces. Lo mata Soares. Cuarenta y tres barriles. No hay ámbar gris.

Al día siguiente se inicia la limpieza: los desechos se tiran por la borda, después hay que frotar, rascar y lavar la cubierta con jabón negro mezclado con las cenizas aún tibias de los hornos. El aclarado se hace con grandes cubos de agua de mar. Tras el despiece y la cocción, la grasa y el aceite se han colado hasta por la rendija más pequeña, ensuciando hasta las primeras vergas. Los marineros resriegan las herramientas, las jarcias, la ropa, la borda, las puertas, los calderos, repasan con un cepillo los ladrillos de los hornos, limpian los tubos de cobre con trapos. Con la ayuda de las poleas, se bajan hasta el fondo de la bodega los barriles de aceite, que el carpintero arrima uno al lado de otro. Durante dos días, mientras el *Connecticut* pone rumbo al sur de nuevo, la estela que deja es un reguero jabonoso.

Los dos vigías, apostados espalda contra espalda, han vuelto a subir a lo alto del palo mayor a la búsqueda en el horizonte de los chorros característicos que les harán lanzar el grito del ballenero: «*Thar' she blows!* ¡Surtidor!».

Antone, el cocinero de a bordo, ha untado a Mercator las heridas con manteca de cerdo y le ha vendado la espalda.

—No es nada, chico, se te pasará. Este capitán es un pedazo de animal. Pero el que de verdad es peligroso es el segundo, Russell. No te quedes nunca a solas con él. ¿Me has entendido? Nunca.

A lo largo de la costa brasileña, han caído presa del peor enemigo del cazador de ballenas, al que se teme aún más que a la tempestad: la calma chicha. Con todas las velas desplegadas, el barco está encalmado en un mar de aceite. Ningún cetáceo a la vista. Se ha limpiado la embarcación desde los mástiles hasta las bodegas, se han enrollado los cabos y afilado y guardado los arpones.

Los hombres juegan a los dados, pescan, lanzan redes para capturar peces voladores. Los dientes del cachalote se han vendido a los marineros. Con agujas y cuchillas afiladas, utensilios finos y delicados en manos de brutos, graban en el marfil dibujos que luego teñirán con tinta. Los temas son siempre los mismos: barcos, ballenas, escenas de caza, naufragios, paisajes de Nantucket, retratos de sus mujeres e hijos. De regreso a puerto, algunos marineros, que se han hecho un nombre en el delicado arte del *scrimshaw*, venden sus obras a buen precio a los notables de la isla o de Boston.

El calor es agobiante. La tripulación duerme en la cubierta para librarse de las asfixiantes literas. En la noche cerrada, Mercator abandona su coy para ir a beber del tonel de agua dulce, al pie del trinquete. Levanta la tapadera; está vacío.

De puntillas, baja a la entrecubierta, hacia el pañol.

En el momento en que pasa por delante de la cabina de Jay Russell, la puerta se abre. El segundo lo ha visto. El muchacho da media vuelta, demasiado tarde. Una mano le tapa la boca. La puerta se cierra. Intenta morder la mano que lo asfixia, pero un puñetazo en la cabeza lo aturde. Antes de desmayarse, de miedo y dolor, nota que una mano le baja los pantalones.